

Ergonomías (on-line)

Eugenia Prado Bassi¹

“El ciborg no reconocería el Jardín del Edén,
no está hecho de barro y no puede soñar con volver a convertirse en polvo”.
Donna Haraway

*Creed en mí y seré la sombra
que corrompa tu alma desprovista*

346

La mujer escribe. Escribe porque es todo lo que tiene.

Desaparecer, podría ser un buen comienzo.

Piensa. Irremediablemente lo hace. Mental se instala cada día frente al computador y en forma sistemática ejecuta una composición muy precisa. Su adiestrada mente le permite habilitar zonas para elaborar retazos y que algunos brillen o se hagan más difusos.

Desaparecer, aún antes de seguir escribiendo. Hipnóticamente atraída por los movimientos que aparecen en la pantalla piensa un entramado caótico y complejo, un ambiente organizado o un estado corporal específico, y sabe que puede hacerlo.

Desaparecer o escribir ese día y no otro cuando viene de regreso a casa con el cuerpo pegado a una brisa de noche y de caminatas, adherida de lloviznas y de pensamientos inconclusos.

¹ Eugenia Prado Bassi es escritora y editora de Palabra Editorial. Es autora de *El Cofre* (1987, 2012), *Cierta femenina oscuridad* (1996), *Lóbulo* (1998), *Hembros* (2004), *Objetos del silencio, secretos de infancia* (2007), *Dices miedo* (2011), *Advertencias de uso para una máquina de coser* (2017), entre otros.

La mujer endereza la espalda y desliza el brazo derecho sobre la cubierta de vidrio. Incómoda tiembla al contacto con la fría superficie. Su mano busca la tibieza del plástico y se acopla al *mouse*. Los dedos se ejercitan en el teclado con suavidad. La presión se marca sobre los bordes de esa otra piel que la confirma en su naturaleza. Repasa el abismal contraste entre las livianas teclas y las de años atrás. Piensa en máquinas. Lo múltiple opera y se extiende por acumulación. Piensa en las elaboradas tecnologías que domesticarían cuerpos bajo rigurosas ergonomías para el acople. En ocasiones se piensa *ciborg* y desaparece realidad-ficción entre las múltiples esferas. En otras, seducida por espacios donde quisiera fugar, diluirse. Orgánica se acomoda al respaldo. Impaciente mira cómo hasta que el sistema se completa. Pronto, sus órganos adoptarán la posición que le permitirá entrar en el estado de las cosas.

Doble *click*.

La niña camina por el angosto pasillo. Al fondo está el despacho de su padre que espera en la puerta. Entra. Sobre el escritorio hay una maleta, al costado, un sobre azul y una resma de hojas tamaño carta.

—¿Puedo? Pregunto. El padre asiente y sonrío.

La maleta es portátil, al levantarla puede advertir el peso, su consistencia. Es una máquina, no un juguete. Vuelve a dejarla, no sin dificultad, sobre el escritorio.

—¡Ábrela! Es tuya. Mi regalo de cumpleaños.

Motivada por la curiosidad, se sienta frente a la máquina y examina la caja. Busca cómo abrirla. Tiene que haber una forma. Es una maleta y las maletas se abren. Cuidadosamente desliza un pestillo. Al instante se activa un mecanismo que con la fuerza de un resorte hará saltar la pieza metálica. Una vez abierto el cerrojo, levanta la tapa que se sostiene en dos pequeñas bisagras. Frente a sus ojos, una máquina de escribir *Underwood*.

—Tu regalo de cumpleaños.

La niña se acerca para abrazarlo. Luego lo besa, tres besos en cada mejilla. Tres besos hasta cumplir los doce.

La *Underwood* tiene aspecto de artillería bestial o de acorazado implacable. Su sofisticado diseño, se parece a los automóviles de los años

30°. Belleza de cuerpo sólido y hierro fundido, lacada en negro brillante. Máxima síntesis de acumulación, su estructura a la vista deja en evidencia la expresión de su mecanismo. La máquina es perfecta.

El padre sonríe satisfecho. La niña se sienta por primera vez frente a la máquina. Saca una hoja de papel y la mete en una ranura que engancha al rodillo del carro. Con cuidado enrolla y nivela ambos extremos. Se prepara. A punto de emprender su primer viaje, presiona la palanca de avance. El rodillo gira y el papel salta al siguiente renglón.

Enérgico el impacto. Sonido de herraduras. Golpeteo de caballos. La niña escribe. Ensaya. Escribe. Su felicidad es total. Golpea con los dedos. El enjambre de teclas. La máquina se detiene. Suspira. Es el fin.

–Si aprietas dos teclas juntas, se pegan –explica su padre, mientras ejecuta maniobras precisas para resolver el enredo de brazos metálicos. Fíjate en el engranaje. Ya está –le dice. Una al lado de la otra las letras se imprimen parejas y a la misma distancia. –Hazlo otra vez. Si eres cuidadosa esta máquina no falla, a menos que se gaste la cinta. Aprenderás rápido.

348

Entonces, ella vuelve al teclado y oprime con fuerza el dedo índice. Arriba, abajo, las teclas golpean la cinta contra el papel. Las letras encajan en la ranura.

–¿Ves? Así es como funciona –dice su padre complacido.

13 de febrero de 2001, 10:35 a.m.

Tira el montón de colillas al basurero.

El olor apesta. Prepara café. Es una adicta, en un día puede llegar a diez. Adicta, se instala cada mañana frente a la pantalla. Sus dedos se deslizan por las teclas cada vez más rápido. Adicta entra y sale por las páginas del navegador. La máquina ahora rastrea imágenes. El personaje fracasa. No están bien ingresados los datos.

No puede. Enciende un cigarrillo. Saca dos píldoras y se las traga de un sorbo.

Toma la vieja maleta que guarda en el armario y la deja sobre la mesa. Desliza con cuidado el pestillo para abrirla. El pestillo salta y golpea

sobre el dedo. Siempre el mismo dolor al abrirla. No aprende. Nunca aprende.

Mete el papel en el carro y antes de girar la palanca lo ajusta en ambos extremos. Las letras están en una línea fija y en la misma posición. Puede anticipar el movimiento de los brazos buscando la intensidad para que sus dedos se instalen firmes y rápidos sobre las teclas. El mecanismo se activa. El papel salta al siguiente renglón. Las teclas de la *Underwood* son extremadamente duras. Con el cuerpo rígido y la espalda en línea, se prepara y escribe. Duele, hasta que te acostumbras, duele. Pronto, la dificultad cede.

Gira la palanca. Saca el papel del carro y lee. 0 error. Es increíble que la *Underwood* todavía funcione, pero ya empieza a notarse la cinta gastada en la imperfección de las letras. Los originales van a la carpeta azul. Recortes o textos escritos en hojas sueltas a la caja de “otros materiales”. Algunos, los más antiguos, se irán a la carpeta “pendientes” para ser digitalizados. La escritura en la era digital, bien o mal, se había vuelto una forma de matar el tiempo, siempre había descalces y eran tantas las posibles combinaciones que se confundía mil veces antes de seguir acumulando. El problema era guardar en el disco duro y respaldar en el externo y no al revés. Hacerlo sin confundirse para no perder valiosos materiales, entre ellos, algunos archivos que no volvería a revisar jamás, y que ocupaban gran parte del disco duro.

Una de las primeras ventajas de manipular archivos fue la operación de copiar y pegar datos. En 1956 aparece el “*floppy disk 8*”, medio de almacenamiento formado por una pieza fina y circular. Primer disco magnético de IBM, antecedente de los actuales discos duros y flexibles. El furor de la información abierta se volvió un bien mientras los archivos en formato digital se duplicaban en carpetas, que, con el tiempo se seguían acumulando. La información era el poder de ir alimentando una responsabilidad. Los archivos iban a dar a soportes menos estables, lo que resultaba un problema si se consideraba su vida útil. Entonces, aprendió que grabar el nombre y el año en un archivo era útil en casi todas las búsquedas. *Aldus* versus *Adobe*. La quiebra de uno eliminó la posibilidad de acceder a los respaldos más antiguos y perdió muchos de sus

materiales. Muy pocos imaginaron que algunas copias resultarían fatales y que gran cantidad de *disquetes*, *cassetes*, *syquest* seguirían flotando como residuos en algún lugar de los múltiples universos.

Con los años, gran cantidad de archivos empezaron a desvanecerse. Los soportes y programas se volvieron obsoletos, saltaban de versiones o simplemente desaparecían irrecuperables, las copias de las copias empezaron a fallar, los archivos se dañaban hasta que apareció “la nube”, nuevo dispositivo de control, estable y seguro para el usuario, pero eso lo supo más adelante.

A veces sus textos se desarman, convulsionan. Se trata de asediar en círculos. Cabalgar con la montura puesta en el ojo. Así percibe como los cuerpos bordean el contrapunto. Sometida a una punzante violencia y en sentido figurado su cuerpo colapsa, simplemente se quiebra. La inercia la adhiere a la máquina cuando busca compartir la letra, sumergida en esa oscura pretensión, escribe al padre y pronto se arrepiente. Escribe a la madre y enloquece. Su mente se desordena. Su máximo terror es el colapso, que todo en ella se apague.

350

A veces se piensa máquina y se obsesiona con ello. Una amenaza imposible de normalizar. Un cuerpo máquina, cerebro ordenador integrado, pieza fundamental de un sistema operativo de última generación. Defectuosa y residual. Los excedentes flotan. Ser máquina. Escribe. Heroína y magnífica en versión editable, recreativa y consentida. Ser máquina, capaz de montar y desmontar recuerdos, cuadros, escenas. Aprendió a vivir así, mientras los documentos seguían replicándose en nuevas versiones.

Un último sorbo de café. Guarda el archivo. Sale del programa. Se desconecta y apaga todo. Revisa en los cajones, aún le quedan suficientes cigarrillos, sería fatal si se le acabaran durante la noche. Enciende uno, fuma un par de pitadas y se entretiene haciendo círculos en el aire durante unos momentos, luego su pesado cuerpo sube las escaleras.

La mujer se despierta cada día con el sonido de la alarma. Entra al baño y se lava los dientes. Se mira en el espejo. En minutos ya está en su escritorio.

Mientras la pantalla se ilumina prepara café y enciende un cigarrillo. Un sorbo, dos píldoras, un par de pitadas. Vuelve a la máquina. Cuando el cuerpo duele, la mente se desconecta o al revés. Luego de revisar el correo electrónico se conecta al sistema de letras y escribe siempre en el mismo documento. Respira y se concentra en la postura. Sus dedos son letras. Sus brazos buscan el teclado, y presiona con las yemas.

Vive en un departamento pequeño. Se dedica al diseño y producción de libros y catálogos industriales. Trabaja para una agencia extranjera y puede pasar días enteros frente a la pantalla. Por las mañanas se dedica a compilar textos, fotografías y otros materiales. Todo llega al correo electrónico. La agencia reúne ensayos y textos de autores y autoras que actualizan el panorama en el cono Sur. La mujer sigue rutinas específicas. Lo primero es el retoque de imágenes. Luego, edición y diagramación de textos. Las pautas son precisas, el diseño viene desde el extranjero. Lee por placer, lee para informarse, lee por trabajo y para la edición de libros. Lee más en pantalla que en papel. A diario lee cosas distintas, además de los libros que tiene siempre a mano. Su trabajo es poco creativo, pero lo que gana le alcanza para solventar los gastos mínimos de una vida promedio. Su trabajo es tedioso, pero le permite no salir de casa. Nunca proyectó una vida ni imaginó que se la pasaría sentada frente a una pantalla, sabe que no es bueno. Sin embargo, siempre supo que algún día escribiría. Real-virtual, leer o escribir son puertas y ventanas que le permiten acceder a experiencias activas y creativas, emociones que se imprimen y almacenan en la memoria, específicamente en el hipocampo, que tiene la forma de caballito de mar, investigó en la web. Es lo que sabe hacer, entrar en los recuerdos, remover escombros o imaginar otra vida. Sus textos se replican y seguirán modificándose de manera irremediable, como voces en su cabeza bajo su mirada testigo. De pronto, y sin necesidad de hurgar en ningún estante, basta un *click*, para verse jugando en el columpio de la plaza, oler el pasto húmedo y hasta sentir el maicillo bajo las zapatillas. Cada uno de esos registros, estimula los millones de datos de una vida donde es posible escuchar la voz de otros niños. En ocasiones, su cabeza se desordena y se salta pasos o entra en estados que la conectan con lo profundo de algunas experiencias. A veces, su cabeza sueña con que es

posible saltar de la letra al acontecimiento. Mamá. ¡Mira! Papá. ¡Ven! Una imagen activa el enjambre de niños y niñas libres que atraviesan las lenguas dominantes, opresivas, con sus gritos. Dispuestos y dispuestas a liberar los goces y disfrutar sus juegos. El placer de la curiosidad, las porfías y secretos. Risas, gritos, hojas secas. No hay género, ni nacionalidad. La diferencia no existe en la confianza de niños y niñas felices, libres de sentir la suavidad de las hojas, el olor de los viejos peluches y las muñecas o los soldaditos de plomo, que entre los recuerdos parecieran adquirir vida propia.

A veces se siente como un sistema operativo de última generación, capaz de almacenar recuerdos, sabores, sonidos, historias, olores, personas o voces en una asombrosa biblioteca, atestada de estanterías y de imágenes encadenadas donde abundan libros en formatos digitales, videos, fotografías y audios. Basta con rescatar un párrafo, y se activan hipervínculos que te harán a un nuevo escenario. Hay días en que lo único que calma sus angustias es esa máquina, la *Underwood* es la salida que la salva de una vida mecánica y rutinaria. Con la máquina vuelve a sentirse activa y vuelve a experimentar en su cabeza imágenes, recuerdos que la sumergen en otras experiencias. A veces, siente sus archivos dañados y su memoria se vuelve orgánica.

Mueve el cuello y gira la cabeza de un lado a otro en un movimiento lento. Se levanta y abre las cortinas. Algo pasa que no se anima a salir. Es el exceso de trabajo. Piensa.

No hay forma de desactivar la información. Los recuerdos se esfuman, salvo cuando duelen. Los residuos flotan. El amor y la guerra en la pantalla mientras un hilado muy fino introduce el hambre en la zona de la usina maquina.

Perdió la cuenta cuanto hace no sale de su departamento.

Doble *click*.

Logra entrar en los recuerdos. Tiene seis años.

Escribe vuelbe con b-larga. Su padre advierte el error. Tienes que esforzarte más. Dice y marca con lápiz rojo sobre el cuaderno. En una tarea para el colegio, vuelve a escribir vuelbe con b-larga. Molesto, el

padre le llama la atención. Saca un cuaderno del escritorio y se lo pasa. Cien veces, le dice. Escribe cien veces vuelve con v-corta. Ella llora de pena y de rabia, llora sin que su padre la vea. Por la tarde, regresa al despacho con una hilera de palabras, donde “vuelve” aparece bien escrito y se repite en varias páginas del cuaderno.

¿Puedo salir a jugar ahora? ¿Cómo se escribe vuelve? Pregunta su padre. A pesar de las veces que escribió la palabra, siente el blanco del miedo y equivoca la respuesta. ¿B-larga? Pregunta, duda. El padre mueve negativamente la cabeza. Aun te faltan siete páginas.

No aprendes. Nunca aprendes. ¡No es no! No rotundo y sin apelación.

Sale del despacho corriendo y se encierra en el dormitorio. Abre el cuaderno y se esfuerza por hacer las letras todas iguales. Se traga el odio y se traga las palabras. Carga el lápiz con fuerza, aunque las páginas están a punto de romperse. Cien veces escribe. Cien veces la misma palabra hasta que consigue el permiso y cierra dando un portazo. Cada vez que puede salir a jugar a la calle, su ánimo se dispara. Un sonido ahogado asoma en su garganta. Su mente se desliza por las aristas.

Entonces, corre a la plaza cuando no la castigan. Corre cuando puede. Corre cuando no se aburre. Cuando tiene permiso. Corre a la plaza y se trepa al mismo columpio que la hará sentir a gusto. Aun cuando las plazas estén atestadas de niños y de señoras que los cuidan porque sus madres trabajan, se siente a salvo en esa plaza.

Encima del columpio agita los pies para tomar un primer impulso y sin dejar de mover las piernas, empuja el cuerpo hacia adelante. Muy pronto, toda dificultad cede y puede sentir como se eleva cada vez más cerca del cielo.

Una mujer escribe mientras sus relatos se desvanecen en explicaciones y se acelera aun más el estado de las cosas. Son imágenes que, bien o mal, ha podido registrar. “Cierra bien esa puerta. Te lo voy a repetir hasta que aprendas. Tienes que estar atenta, fijarte”.

Cada gesto involucra movimientos específicos. Escribe.

Lo harás todo rápido como para salir del paso. Harás camas, dormitorio, cocina. Órdenes y desórdenes. Recuérdalo. Una vida entera de

mover objetos, palabras, ideas, de hurgar en el adiestramiento. Por el costado avanzas. Te pegas al muro. Se trata de sacudir, estirar y meter bien adentro las sábanas. El esófago se comprime. Las mujeres tienen buena mano, no solo en la cocina. El agua corre a toda velocidad. Puede sentir la asfíxia.

Guarda el archivo.

La mujer oprime los dedos sobre el teclado del *Notebook*, se conecta y recorre algunas páginas. El programa se abre y luego de algunos ajustes empieza sus rutinas de trabajo.

Con la sensación de algo siempre a punto de suceder, el descalabro es la amenaza. Forzado el cuerpo empieza a pasarle la cuenta y exige su parte. El mecanismo se vuelve tedioso. Los períodos de trabajo se perciben cada vez más prolongados.

Una vida, la suya, habita en estas páginas.

Encerrada a morir piensa en femenino, y se van apareciendo algunas ideas para el personaje. Lejos de las letras a mano o los borrones con lápiz Bic o carboncillo sobre los cuadernos, la *Underwood* se ha vuelto una adicción. Una y otra vez el golpe, la textura espesa del corrector siempre a punto de secarse. Su compulsión por corregir letras y palabras y después sacar la hoja y los papeles arrugados. Recuerda la dificultad de todo ese proceso. Los ejercicios a los que debía someterse. Su rigor, al corregir directo sobre las hojas hasta que consigue una primera página impecable, tal como el original de un libro que algún día escribirá.

Un primer libro de textos incómodos y de frases alteradas. Un golpe en la oscuridad. Había que torcer la palabra, mover las letras o atesorarlas en el dispositivo electrónico que a inicio de los años cincuenta revolucionó el mundo de las máquinas de escribir. La IBM eléctrica de bola, que incluía en su diseño una bola de tipografías que eliminaba los «atascos» cuando se pulsaban dos teclas a la vez. Además, justificaba los márgenes y permitía cambiar la bola y con ello el uso de múltiples fuentes en un solo documento.

Presiente su extrañeza. Inexacta se conecta en múltiples dimensiones al vértigo de los accesos. Traspasa portales, comunicaciones telepáticas y gigantes traslúcidos.

No sabe qué es real y qué no.

Reducida a digitar claves rastrea datos.

Pedazos de historias se van almacenando en el disco duro. El tiempo es simultáneo. La máquina se activa. Escanea. Clasifica. Reorganiza usando motores de búsqueda y se atiene a ciertas pautas. Algo la obliga a explorar sentidos complejos que se imprimen traspasando la superficie del tejido que es la lengua. Su imagen es la fuga. Anclada a los dispositivos intenta contra la falla y se sumerge al *ciberespacio*.

Como una pieza más de la amalgama, avanza por las páginas con imprecisión. Se salta algunos pasos. Se equivoca, mientras recorre las imágenes. Una fuerza la obliga al extravío. Las imágenes flotan, todas a la vez. A riesgo de desaparecer, juega a iluminar pequeñas esferas dejando huellas esparcidas y que irradian toda la casa. Se ha vuelto una adicta en rastrear contenidos y en forma sistemática almacena información en las carpetas mientras ella se sumerge en las imágenes que, bien o mal, ha podido construir. Modifica algunas partes según cómo se las imagina, o las inventa. Conectada se aferra a la idea de un gran mapa apocalíptico que se extiende hasta perderse en el tiempo. Imagina organismos a punto de estallar contra la superficie. Puede percibir un odio que circula por todos esos cuerpos que actúan como recipientes sellados. Entre fluidos y materias odia, porque sabe que nada puede alcanzar el impacto de las palabras y que solo una hebra es suficiente para continuar las tareas que la mantienen ocupada rearmando párrafos enteros. Los datos se acumulan. Las escenas se repiten en diversas combinaciones bajo su mirada de testigo. La mujer alucina entre recuerdos.

La mitad derecha del cerebro es muda e iletrada. Sin mediar la voluntad se fija una memoria corporal que condiciona en el cerebro una conducta.

Cuerpos-máquina vestidos de siliconas ultra finas se acoplan, sometidos a la punzante violencia hasta que colapsan. Los imagina recludos en pequeñas celdas de paredes acolchadas. Los imagina resistentes a las temperaturas y los golpes como organismos de matices digitales o envueltos en telas vaporosas que se anuncian como nuevas criaturas en las pantallas.

Cuerpos-máquina condicionados a las irremediables rutinas, elaboran y re-elaboran los múltiples intercambios de fuerzas productivas impulsadas por los flujos hacia la competencia. Como estímulos provenientes de ineficiencias del sistema que activan todo tipo de inestabilidades. Millones de células modificándose. Algunos se abalanzan como buitres cuando la presa cae. Así, el mercado se abre para delinear sus curvas. Piensa en la columna vertebral, el esqueleto o una forma de ver las cosas. Sin tanto misterio. Son los tiempos de liberar la comprensión de los objetos y de los inventos formidables. Su personaje deambula sin materia. No avanza. Fracasa. La niña. La madre. Todas ellas.

Tres pisos, dos escaleras, doce peldaños.

Temperatura del cuerpo 37°.

Doble *click*.

Se conecta. La escena se abre. Ahí está la niña y su máquina, otra vez. Aprobado con excelencia. Felicitaciones de su padre. Supera el máximo de caracteres por minuto.

356

Fin de las vacaciones.

El teclado de la *Underwood* se compone de cuatro corridas de teclas. Las primeras dos, de once letras, las que le siguen, de doce. Cada tecla tiene una letra negra dibujada en su interior. Dice su padre. Fíjate en las letras doradas, el anillo que bordea el metal. En color negro se refuerza la lectura sobre el blanco. Lo desteñido es una evidencia, el papel también se oxida, envejece. Si las teclas no están alineadas la máquina no funciona, le advierte. Ni se te ocurra desarmarla. ¿Me oyes? Escribir es una herramienta. Nunca lo olvides.

Su padre bordea los cincuenta años. En ocasiones es estricto, en otras hasta divertido. Sabe que su padre quiere lo mejor para ella y por eso se asegura que aprenda a observar y que sepa detenerse en los detalles. Su padre pocas veces sonríe y si lo hizo siempre fue con una pizca de distancia. Aun así, recuerda haberlo visto llorar y que ella secó sus lágrimas con un pañuelo de la abuela.

“Una mujer tiene que aprender en este mundo”. Le decía y ella se grabó todos esos mensajes en su cabeza. Entonces, empezó la dura tarea de

prepararse para vivir. Es algo que se repetirá en el tiempo. En su infancia desarmó relojes, bicicletas y lo que se atravesara, pero nunca tocó esa máquina. Años después, recuerda haber estado en problemas cuando alguna tecla se torcía o se pegaba con otra, salvo ligeros signos de desgaste, la *Underwood* se dejaba intervenir, componer, arreglar. Pronto, con un par de herramientas caseras y un alicate aprende a reparar y afinar el mecanismo hasta que todo encaja. El rigor y la meticulosidad de su padre. De los chicos, aprende la libertad, también a odiar a las chicas ridículas, como son casi todas las niñas. Por eso se empecina en aprender a trepar a los árboles y volar cada vez más alto en los columpios.

De fabricación exclusiva, ese modelo de máquina es una pieza muy buscada por coleccionistas. Dice su padre. ¡Fíjate en el teclado! ¿Sabes qué tiene de especial? Está en español por eso incluye la letra Ñ. Además, tiene la palabra MAYÚSCULAS, ahí abajo. Es un hombre brillante, siempre atento a los tiempos y por eso, cuando cumple quince años, la inscribe en un curso de dactilografía. Y ella, a pesar de que se le hinchan las manos y le duelen los dedos sabe que, si aprende a escribir en esa máquina, pronto será mujer.

357

Doble click.

Tiene trece años. Es verano, hace calor.

Poco después del almuerzo se instala en la silla mecedora de la abuela. Su padre está de viaje. Siempre aprovecha sus ausencias para moverse con libertad por los espacios de la casa. Tiene un cigarrillo en la mano. Lo enciende, aspira y juega a proyectar argollas en el aire. Tiene un cenicero en la mano. Lleva puesto un bikini celeste. Su cuerpo a punto, sus pechos pequeños, los vellos sobre el pubis. De pronto escucha el manoteo de llaves. Vislumbra la silueta de su padre, desencajado y furioso después de la cerradura. Recuerda su furia y los instantes previos a la golpiza. Tic-tac. Tic-tac. El terror invade la escena. Los recuerdos se activan, impotencia, llanto. Su dolor frente a la crudeza de tales descargas. Cayeran donde cayeran los golpes. Esa misma tarde juró que jamás permitiría que alguien la maltratara así. El cigarrillo, prohibido a costa de lo que fuera, fue un auténtico elemento de discordia. Ahora lo sabe. Por eso, muy pronto aprenderá a

mentir. Tic-tac. Tic-tac. La imagen de su padre se multiplica en su cabeza según los años, las épocas, las familias. Su padre será un recuerdo activo que acompaña su existencia. Recuerdos de imágenes de infancia. Atenta a los números del calendario, a partir de los once estaría cifrada en los treinta y siete, y seguiría preguntándose si se acabaría todo, su propio escenario de preguntas, como decían los mayores. Tal vez el mundo, nuestro pequeño mundo. Tic-tac. Tic-tac. Rebeldías y recuerdos se incrustan en un cuerpo que sufre. Quiebres, cortes, prohibiciones, el dolor de los antiguos lugares de infancia y toda esa violencia tan ajena al pequeño mundo. El cuerpo habita sus certezas, sus desánimos. Ya se dibujarán todas las imágenes, las comidas en la cama. Los cuadernos que ya no están. Los libros de inglés. Su colección de servilletas. Las viejas sorpresas de cumpleaños, los audífonos, las bolitas, los dulces y una bandeja de mimbre con canastos a ambos costados, escenario favorito de grandes batallas cuando tenía cuatro años. Recuerda su porfía contra insultos y castigos. Tic-tac. Tic-tac. Tiene siete años. Un muñeco pequeño envuelto en pañales cabe en una de sus manos. Al acunarlo y según la posición abre y cierra los ojos. Sobre los párpados se extiende una diminuta línea negra señalando el límite de las tupidas pestañas plásticas. Sus ojos celestes, siempre claros, brillan con promesas que vienen del Norte. Recuerda sus urgencias por dismantelar el misterio del mecanismo. Un elástico amarillo encaja perfecto entre los dedos. Separa los brazos del cuerpo y descubre que al tensarlo se activa. El elástico se corta. Fin del muñeco. Aprende que en aquellos paisajes animados cuando los juguetes estallan algo se desordena. Los objetos se desplazan, flotan. Botones de camisa. Sonrisas. Ofrecimientos. Tic-tac. Tic-tac. Una niña descorre y socava hurgando en el vacío de una casa que no ha podido completar. Sigue con atención las manecillas del reloj. Puede verse atravesando las débiles señales. Su casa está vacía. Su cuerpo. Su noche. No debiera ser importante, tampoco afectarle demasiado, aun así, el leve cosquilleo la perturba como si una suerte de abandono infantil se apoderara de todos sus rincones.

Entendió que la revolución sería de las mujeres. Expertas tejedoras, haríamos del escribir un gesto de liberación del tiempo. Una vez liberado el cuerpo, todo se modifica. Un siglo después, alzadas contra la pesada

estructura vertical nos pondríamos en movimiento buscando conquistar libertades y derechos para un cambio profundo y radical. Escribe.

Bota el cenicero repleto de colillas al basurero.

¿Y los libros? ¿Se preguntó alguien por los libros y el papel repartido en porcentajes desiguales?

La mujer abandona la pantalla. Dobla el torso hacia adelante y respira profundo. Gira la cabeza suavemente. Se estira y endereza los hombros, mueve los brazos hacia atrás. Aprendió algunos ejercicios para distender los músculos de la espalda. Imagina las vértebras. Una larga piel de especulaciones y de apuntes sobre la vida propia o la de los demás irá quedando en hojas sueltas, cuadernos, agendas o libretas. Sería necesario destacar algunas partes, tal vez, todo lo contrario.

El cuerpo envejece. ¿Verdadero o falso? ¿Importa?

La medida es la columna vertebral. Una máquina bien aceiteada funciona mejor.

De pronto una alerta de virus empieza a intervenir los documentos que aparecen en la pantalla. La máquina siempre despierta ejecuta operaciones complejas. Su número de conexiones supera todo cálculo. Respalda. Nombres, juega con palabras. El virus navega por su computador mientras ella trata de bloquearlo. El virus aparece como otra parte de la maquinaria que asedia. Hace sistema con las vocales y a través de elementos dispersos intenta contra las palabras. Contra las palabras se acopla al tiempo simultáneo y selecciona o traslada archivos indispensables a otras carpetas que producen nuevas combinaciones. Las estructuras se modifican y extrapolan a las generaciones futuras. Atento a colarse por algún costado, el virus es excluyente. Circula entre residuos. ¿Cuál es la última versión? ¿Importa? Las fechas nunca coinciden. El tiempo se detuvo.

Entonces, ¿Cuándo te atreves a dejar el pequeño mundo?

[10:35 a. m., 5/agosto]

Hay vértigo allá afuera. La fatiga me sucumbe, la inutilidad del gesto, intentas. No muy bien, pero algo intuyes. Tal vez, algún recuerdo. Algo. No encuentras respuesta y te entregas a la idea que

es un mundo que otros han puesto para cegarte. Un control imperceptible nos mantiene adheridos. Atados a esta réplica no alcanzamos dar mente a los desbordes. Las vocales nos atrapan. Intereses y motores de búsqueda definen los sitios que frecuentas. Ninguna máquina es neutral. Múltiples posibles descargas se acumulan en la red mientras en algún lugar de la corteza cerebral, entre las membranas, hay células activas del cerebro que provienen de arcaicas genéticas. A veces, te topas con textos interesantes, aunque cada vez es más difícil verificar las fuentes. Hasta que aprendes a convivir con esos planos que traen las nuevas máquinas creadas para desplazar las funciones humanas. La información viaja por las fibras nerviosas de la placa motora a toda velocidad. Los intereses se multiplican. Los recuerdos, son sistemas de encuadre. Las escenas, cajas de resonancia o códigos de información. Ajustes. Entradas de luz. Células tipo. Células madre. Injerto versus Huésped, cuando es cáncer, para evitar tratamientos costosos o difíciles de conseguir. Según expertos lo que se busca es contrarrestar procedimientos invasivos. Atenta a la selección con que otros digitan o verifican datos, la pregunta es por los libros y todo ese papel repartido, durante siglos de manera desigual. Más atrás de aquellos ojos que no leen. La violencia se reitera. Sobre las mujeres se reitera. ¿Sientes el peso de este cuerpo? Muy cerca de la arena, mi espuma quiere besarte. ¿Cuánto duraría un beso que se extiende con desinterés? ¿Cuántos mensajes propagados como estelas, fibras de luz, extendidas de paisajes? Explotadas de distancias. Controlar las réplicas, sus respiros y latencias. Las conductas se replican mientras otras partes del cerebro se comprimen. Arriesgarse a pesquisar el asomo de una de las hebras para seguir avanzando en ese tejido que, por años, la mantiene atada a una misma posición. Como si naciósemos con señales que nos permiten ver al animal que se esconde tras la máscara. Atrapados por las tecnologías nos insertamos al nuevo paradigma. Buscan fieras subyugadas. Aunque algunos no saben que mienten y la mayoría no sabe que lo sabe. Buscan el adiestramiento. Es

importante poner atención a los mensajes que recibes, cuando un vínculo te conecta, porque si quien envía ha escrito antes a un tercero, un nuevo vínculo te atrapa. En un contagio irremediable nos reproducimos para la transmisión del caos. Exhaustivas ecuaciones nos inscriben como potenciales conexiones de intereses comunes. Se aprende a razonar lógicamente y a manejar factores abstractos. Con cada herramienta, en cada aplicación se acumula un conjunto de intereses. Cifrados específicamente en casilleros configuramos la trama de un extenso tejido. Nada bajo la piel, atravesados de complejas conectividades, una y otra vez los individuos fracasan. Hipotecados por las nuevas herramientas, nos establecemos en la red. Aun así, bajo una piel extensa que contiene todos los intercambios, de vez en cuando nos cruzamos. Ven, siéntate a mi lado. ¿Qué tal si un día nos besáramos? ¿Untar tus labios con los míos? Pero sabes que esto no es más que un arrebato de amor en todos sus gestos. Un salto sin nombres, agita la máquina histérica del festín. ¿Dónde encontrar el pulso y dejarse arrastrar a todo? Se oxigena mejor desde el mismísimo eje con la brutal necesidad de traer el cuerpo al frente y marcar finamente sus bordes. Contra los bordes tropiezos bruscos y una cabeza iniciada de intención. Se pasean en manadas. Oscilantes van y vienen por los bordes, zarandeando con orgullo sus grandes plumas. No sabes cómo duele verlos temblar forzados a una estética asfixiante. No sabes el terror, sus miedos cuando se desplazan. Pero a la vez, nada es más exquisito que verlos pasear en estado de alerta. Imaginarlos de varias formas, extendidos, abiertos, zigzagueantes o medio vueltos hacia atrás, cuando esconden más de algún secreto en los pliegues del vestido o dibujan espuma con las manos. De goces arden simultáneamente entre los enjambres. Algunos se revuelcan, otros palpitan su desesperación. Despojados de particularidades específicas pierden sus condiciones indispensables, sus inigualables materias. Nos gusta el pelo, el cuello y la frente, dicen. Nos gusta la boca y la risa, pero sobre todo nos enloquece el escondite. No hay tiempo, dicen. El melodrama persiste. Nos convoca como

espectadores. Entonces, recoges las vocales de diez en diez y juras que no le crees cuando se detonan los estallidos y todo el cuerpo se derrama, siempre habrá cuerpos disponibles que nos rondan y nos ponen a mil. De imágenes nos ponen los intercambios, las ganancias. Las políticas se conjugan para el ordenamiento de las clases. Inscritos los circuitos exactos de vínculos, cadenas y cruces, casi imperceptibles donde las familias se congregan para repetir las mismas formas de convivencia. Nos rondan cuando como una loca te abres a los textos de todos esos otros y quieres saber por qué, cómo, algunos instantes coinciden con el chat con solo un click. Sin una buena dosis de empatía, el respeto es una falta, error o carencia, mentiras, acoples sin intermediario. Mientras la madre permanece en un espacio sin tiempo y más atrás, una niña sin tiempo, para que algún día venga otro con un beso a despertarla. En el privilegio de diálogos cruzados con que iremos confundiendo las cosas, las palabras activan todo tipo de alertas. En la enseñanza de los firmes, algunas abandonan. Encadenadas o desencadenadas, las mujeres siempre estarán bajo el escrutinio de alguien más. En el afán infantil, su dolor no tiene causa. Por eso, el pequeño cuerpo se aferra al de su madre, la ausencia es el cable que la desconecta del inanimado mundo de los demás. Por las rendijas de la máquina se cuelan infinitos mensajes. Se conecta. Choca. Se disloca. Hasta que se aburre. Se trata de la vida de ellas mientras otras mecen niños sobre sus piernas. Mueven rodillas, empeines y talones para distraerlos. Algunas guardan silencio y escuchan incluso sus propias voces a punto de latir de llanto para no seguir hablando de las mismas cosas. Estratégicas, algunas llegan a conocerse. Le gustaría sobrevolar la vida de otros y ajustar las piezas o aceitar la máquina romántica, asfixiar al príncipe hasta que se vuelva azul. Le gustaría escribir un relato amoroso sin capítulos ni puntos seguidos, sin puntos aparte.

Le gustaría escribir en un diario de vida, pero le falta disciplina, aun así, siempre escribe y hasta siente que puede extremar precipicios para verse reflejada desde siempre en lo que

no está. Le gustaría elaborar un relato de cuerpos expuestos siempre en un borde, atravesados de lecturas y citas. Le gustaría escribir un texto en trance y dar rienda suelta a todas sus mujeres, harta de hostilidades, supersticiones y de recetas para la vida. Le gustaría elaborar un relato de cuerpos expuestos siempre en un borde, atravesados de lecturas y citas. Abatida y mujeril se experimenta multiforme, multilingüe y bestial. Disgregada, esclava, adicta, incita se excita únicamente con esa otra que lleva consigo. Como autómatas abre y cierra archivos –Una bestia se hará pasar por ella para revivir el drama. Niños muertos condenados a vivir en agujeros negros son devueltos al hambre y la guerra. Niñas prendidas de libertad exhiben sus valientes atributos. Lujuriosas madres escupen sus placeres contra la cultura de los hombres. Famélicos cuerpos segmentados contra el miedo retuercen sus aceitosas fibras rebotando contra una historia que los pierde. Intensidades de todo tipo circulan exponiendo sus verdades por los bordes. Convenciones, sabiendo que la vida tiene sus matices. Se respiran incertidumbres ancladas en la rabia. Los cuerpos inactivos son probabilidades que responden a una épica cuadrada a la estructura. Ideaciones, simulacros, registros poco confiables materializan extraños sujetos que desaparecen en las sombras. El paisaje se modifica bajo la presión de las incesantes máquinas. El tiempo irá imprimiendo sus asuntos. Cartografiados los cuerpos se desplazan torpes, yendo y viniendo por aciertos, expandidos de posibilidades, aun cuando solo sean instantes y se retomen conversaciones, también se establecen nuevos pleitos sobre temas que a todos nos conciernen. Ello es devorado por aquello. Salidos a las calles instalan sus revueltas. En medio de la turba, una furia nos remece. Animosas creatividades hormigean, cuando asistes con los ojos bien abiertos la escena final cuando la descomposición es inevitable. Y que los abandonos dancen sus mejores pieles, los demonios más hostiles, las malas ganas, los caídos sueños; donde nada luce con luz de nada y las cosas más horrendas existen. En nombre del ejército o de dios, los salidos a las calles nos imponen sus

arrogancias. Proliferan gladiadores del altar, tropas de matones y cíclicas historias. Melodramáticos o quejumbrosos se instalan de revueltas mientras los más jóvenes preparan animosas creatividades justo donde las palabras se reducen a nada. Una furia nos remece. Mente-esquizo productiva reclama señal. “Usuario disponible” titila de luces verdes y sonidos incómodos. Ventanas abiertas de propuestas impensables se multiplican en la red. En una superposición de cuadros esquemáticos, los colores son la superficie, las primeras pinceladas donde tiempo y espacio se irán reproduciendo. Y si hubiera podido, no habría dudado ni un instante, en seguir elaborando atmósferas. ¿Realidad o ficción? Online/outline. Los aparatos seguirán irradiando, ahora incrustados al cuerpo.

(Fragmento de *GESTOS maquinales*
2001- febrero de 2021)